Mounk, Yascha. *The People vs Democracy: Why our freedom is in danger and how to save it* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2018), ISBN 9780674976825.
Traducción al español: Rodolfo Raphael Moreno Martínez ©2024
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

El Pueblo contra la Democracia
Introducción
Desencantándonos

Existen décadas que son largas, en las cuales parece que la historia se alenta hasta dar la sensación de no avanzar. Se ganan y se pierden elecciones, se adoptan y se apelan leyes, nuevas estrellas políticas nacen y viejas leyendas fallecen; sin embargo, por lo que se refiere al asunto del tiempo que transcurre, los principios culturales, sociales y políticos se mantienen iguales. Después hay aquellos periodos cortos en los que todo cambia de inmediato: nuevos políticos irrumpen en la escena; votantes que claman por políticas que eran ayer impensables; tensiones sociales que habían estado latentes bajo la superficie brotan en terribles explosiones; un sistema de gobierno que parecía ser inmutable ahora parece venirse abajo.
Éste es el tipo de momento en el cual ahora nos encontramos.

Hasta no hace mucho, la democracia liberal reinaba triunfante. La mayoría de los ciudadanos parecían estar comprometidos con su forma de gobierno, apesar de todos sus defectos; la economía crecía y los partidos radicales eran insignificantes. Los politólogos pensaban que en lugares como Francia y Estados Unidos la democracia había sido "grabada en piedra" desde hacía mucho tiempo y que, por lo tanto, cambiaría muy poco en el futuro; es decir, parecía que en política el futuro no sería muy distinto del pasado.
Entonces, el futuro llegó y resultó ser muy diferente.
Los ciudadanos han estado muy desilucionados con la política desde hace mucho tiempo y ahora están inquietos, enojados e incluso desdeñosos. Desde hace mucho, los sistemas de partidos parecen estar congelados y los populistas autoritarios están a la alza ahora en todo el mundo, desde Estados Unidos a Europa y desde Asia hasta Australia. Desde siempre, a los votantes les han desagradado ciertos partidos, ciertos políticos y ciertos gobiernos y ya muchos hoy están hartos de la misma democracia liberal.
La manifestación más notable de la crisis de la democracia fue la elección de Donald Trump a la Casa Blanca. Es difícil sobrestimar el significado de su ascenso; por primera vez en su historia, la democracia más antigua y poderosa del mundo ha elegido a un presidente que claramente desdeña las normas constitucionales básicas, que dejó en suspenso a sus correligionarios de si aceptaría o no los resutados de la elección, que exigió que se encarcelara a su principal oponente político y que ha favorecido consistentemente a los adversarios autoritarios de Estados Unidos por encima de sus aliados democráticos. Incluso, si Trump resulta estar acotado por los controles impuestos a su poder, el deseo de los estadounidenses de elegir a un potencial autoritario para el cargo más alto de su país es una muy mala señal.
Además, la elección de Trump no es, por supuesto, un incidente aislado. En Rusia y en Turquía, líderes fuertes electos han logrado transformar a sus jóvenes democracias en dictaduras electorales. En Polonia y en Hungría, han estado usando la misma receta para destruir los medios independientes de comunicación, debilitar las instituciones independientes y amordazar a la oposición.
Pronto muchos otros países seguirán: en Austria, el candidato de la extrema derecha casi gana la presidencia; en Francia, el panorama político rápidamente cambiante está abriendo nuevas puertas a la extrema

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

izquierda y a la extrema derecha; y en España y en Grecia, el sistema de partidos se está desintegrando muy rápidamente. Incluso en las democracias estables y tolerantes como la Sueca, la Alemana y la de Países Bajos, los extremistas celebran éxitos sin precedentes.
Ya no puede haber ninguna duda que atravesamos un momento populista. El problema ahora radica en si este momento populista se convertirá en una era populista que pondrá en tela de juicio la supervivencia misma de la democracia liberal.

Después de la caída de la Unión Soviética, la democracia liberal se conviertió en la forma dominante de gobierno alrededor del mundo; parecía inmutable en Norteamérica y en Europa occidental, hizo raíces en países anteriormente autocráticos de Europa oriental y Sudamérica y se abrió camino a lo largo de Asia y África.
Una de las razones del triufo de la democracia liberal fue la inexistencia de una alternativa coherente: el Comunismo fracasó; la Teocracia islámica tiene muy poco apoyo fuera de Medio oriente; y el particular sistema chino de Capitalismo estatal, bajo la bandera de Comunismo, difícilmente puede ser emulado por otros países que no comparten su inusual historia. El futuro parecía pertenecer a la democracia liberal.
La idea del triunfo seguro de la democracia ha sido asosciada con el trabajo de Francis Fukuyama. En un magnífico ensayo publicado a finales de los 80s, Fukuyama argumentó que el fin de la Guerra fría nos llevaría al <final de la evolución ideológica de la humanidad y a la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno>; además declaró, en una frase que ha llegado a condensar el optimismo estimulante de 1989, que el triunfo de la democracia marcaría el <Fin de la historia>.
Muchos críticos responsabilizaron y criticaron a Fukuyama por su supuesta inocencia. Algunos argumentaban que la propagación y difusión de la democracia liberal estaba lejos de ser inevitable, temiendo (o deseando) que muchos países se mostraran resistentes a este producto occidental. Otros argumentaron que era demasiado pronto para predecir la clase de avance que el ingenio humano sería capaz de soñar en el curso de los siguientes siglos: quizás –se aventuraron– la democracia liberal era sólo el preludio de una forma de gobierno más justa y sabia.
Apesar de la escandaloza crítica, la suposición esencial de Fukuyama terminó siendo muy influyente. La mayoría de las personas que advirtieron que quizás la democracia liberal no triunfaría en todo el mundo estaban seguros de que ésta permanecería estable en los centros democráticos de Norteamérica y Europa occidental; en efecto, incluso la mayoría de los politólogos, muy cuidadosos en realizar afirmaciones absolutas sobre el fin de la historia, llegaron a la misma conclusión: las democracias en países pobres, observaban, fracasan frecuentemente, los autócratas eran echados del poder incluso cuando podían ofrecer a sus gobernados un buen nivel de vida y, sin embargo, una vez que un país era próspero y democrático demostraba ser increíblemente estable. Argentina tuvo un golpe de estado en 1975, cuando su producto interno bruto estaba alrededor de $14,000 [dólares] en valor actual; hasta entonces, ninguna democracia había colapsado estando arriba de esa cifra.
Sorprendidos por la estabilidad sin paralelos de las democracias prósperas, los politólogos comenzaron a pensar en la historia de la postguerra de muchos países como un proceso de <consolidación democrática>. Para sostener una democracia durable, un país tenía que lograr un alto nivel de prosperidad y de educación; debía construir una sociedad civil vibrante y asegurar la neutralidad de instituciones estatales clave, como el poder judicial; y las fuerzas políticas más importantes tenían que aceptar que debían ser los votantes, más que el poder de sus armas o del tamaño de su cartera, quienes determinaran el resultado político. Frecuentemente, todas estas metas resultaron ser difíciles de lograr.
Construir una democracia no era una labor sencilla, pero el atractivo premio era tanto valioso como duradero: una vez que los rasgos característicos de la democracia eran logrados, el sistema político sería

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

estable para siempre.
En esta visión, la consolidación democrática era unidireccional; una vez que la democracia se convirtiera, según la famosa frase de Juan J. Linz y de Alfred Stepan, en <el único juego disponible>, llegaría para quedarse.
Los politólogos confiaban tanto en este supuesto que pocos consideraron las condiciones bajo las cuales la consolidación democrática podría revertirse. Sin embargo, los eventos recientes ponen en duda esta confianza.
Hace un cuarto de siglo, la mayoría de los ciudadanos en las democracias liberales estaban muy satisfechos con sus gobiernos y daban altos niveles de aprovación a sus instituciones; hoy, están más desilusionados que nunca. Hace un cuarto de siglo, la mayoría de los ciudadanos estaban orgullosos de vivir en una democracia liberal y rechazaban enérgicamente las alternativas autoritarias a su sistema de gobierno; hoy, muchos se están volviendo adversos a la democracia. Finalmente, hace un cuarto de siglo, los adversarios políticos compartían el respeto por las normas y reglas básicas de la democracia; hoy, los candidatos que violan las normas más básicas de la democracia liberal han ganado gran poder e influencia.
Basten dos ejemplos tomados de mi propia investigación: más de dos terceras partes de los adultos mayores estadounidenses creen que es muy importante vivir en una democracia; entre los milenials, menos de un tercio cree eso. El creciente desapego a la democracia también está haciendo a los estadounidenses más abiertos a las alternativas autoritarias. En 1995, por ejemplo, sólo uno de cada dieciséis personas creía que un régimen militar era un buen sistema de gobierno; hoy, es uno de cada seis.
En estas circunstancias radicalmente distintas, sería temerario e imprudente suponer que la estabilidad de la democracia persistirá con seguridad. La primera gran suposición de la postguerra –la idea de que los países ricos donde el gobierno ha cambiado contínuamente de manos a través de elecciones justas y libres se mantendrían democráticos para siempre– ha estado siempre en terreno poco firme.

Si la primera gran suposición que moldeó nuestra imaginación política ha resultado estar injustificada, hay motivos para reexaminar la segunda gran suposición también.
Llevamos mucho pensando que el liberalismo y la democracia conforman un todo coherente. No se trata únicamente de que nos importe la voluntad popular y el estado de derecho, permitir que el pueblo decida y proteger los derechos individuales, sino que parece necesario que estos dos componentes de nuestro sistema político se protejan entre sí.
En verdad, hay razón suficiente para temer que la democracia liberal no pueda sobrevivir si se abandona alguno de sus elementos. Un sistema en el que el pueblo tiene el poder en la toma de decisión asegura que el rico y poderoso no pueda pisotear los derechos de las clases bajas; además, un sistema en el cual los derechos de las minorías impopulares son protegidos y la prensa puede criticar libremente al gobierno asegura que la gente pueda cambiar a sus autoridades a través de elecciones justas y libres. Esta historia nos sugiere que los derechos individuales y la voluntad popular van juntas como "uña y mugre" o "Twiter y Donald Trump".
Sin embargo, el hecho de que un sistema necesite ambos elementos para tener éxito no significa que, si éste tiene ambos, será estable forsozamente; por el contrario, la dependencia mutua entre liberalismo y democracia demuestra precisamente qué pronto la disfunsión en un aspecto de nuestra política genera disfunsión en otro. En consecuencia, la democracia sin derechos siempre corre el riesgo de degenerar en lo que los Padres fundadores estadounidenses más temían: la tiranía de la mayoría. Por otro lado, los derechos sin democracia no son más estables: una vez que que el sistema político se convierte en un campo de juego para multimillonarios y tecnócratas, la tentación de excluir a la gente de cada vez más y más decisiones importantes irá creciendo.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Quizás sea esta divergencia, lenta y de largo plazo, entre liberalismo y democracia lo que está sucediendo hoy, cuyas consecuencias prometen ser tan malas como uno pudiera predecir.

Del estilo al contenido, hay mucho que divide a los populistas que están festejando éxitos sin precedentes en ambos lados del Atlántico.

Es muy tentador, por ejemplo, ver en Donald Trump un fenómeno particular de los Estados Unidos. Desde su manera insolente y estridente hasta su orgullo por el valor de su patrimonio, Trump es una caricatura rampante de la identidad estadounidense (es el tipo de figura que cualquier caricaturista comunista, con la tarea de ridiculizar al archienemigo, habría realizado en nombre de algún ministerio de propaganda de la era soviética). Trump es muy estadounidense en muchos sentidos: enfatiza sus credenciales como hombre de negocios debido en parte a la profunda veneración que se profesa a los empresarios en la cultura estadounidense; los blancos de su ira también son moldeados por el contexto estadounidense (el temor de que las élites liberales están conspirando para quitarle sus armas a los ciudadanos, por ejemplo, sonaría muy extraño en Europa).

Sin embargo, la verdadera naturaleza del peligro que Trump representa puede ser entendido únicamente en un contexto mucho más amplio: el del populismo de extrema derecha que ha ido ganando fuerza en cada una de las principales democracias, de Atenas a Ankara, de Sidney a Estocolmo y de Varsovia a Wellington. Apesar de las diferencias obvias entre los populistas que están en ascenso en todos estos países, sus coincidencias son profundas y, de manera sorpresivamente similar, cada uno de ellos representa un peligro para su respectivo sistema político.

Donald Trump en los Estados Unidos, Nigel Farage en la Gran Bretaña, Frauke Petry en Alemania y Marine Le Pen en Francia, todos aseguran que las soluciones a los problemas más apremiantes de nuestro tiempo son mucho más simples de lo que la clase política quiere hacernos creer y que la gran masa de gente ordinaria sabe intuitiva o instintivamente qué hacer. En el fondo, ven la política como un asunto muy sencillo; si la voz pura del pueblo prevaleciera, las razones del descontento popular desaparecerían rápidamente. Estados Unidos (o Gran Bretaña, Alemania o Francia) sería grande de nuevo.

Ésto elude la pregunta obvia: si los problemas políticos de nuestro tiempo son tan sencillos de corregir, ¿por qué persisten? Como los populistas no están dispuestos a admitir que el mundo puede ser complejo y que las soluciones pueden ser difíciles, incluso para gente con buenas intenciones, necesitan a alguien a quien culpar; entonces, reparten culpas.

Frecuentemente, el primer culpable obvio se encuentra en el extranjero; en consecuencia, es lógico que Trump resposabilice a China de los problemas económicos estadounidenses y no es sorpresa que se alimente del miedo de la población al afirmar que los Estados Unidos está siendo invadido por violadores (mexicanos) y terroristas (musulmanes).

Los populistas europeos ven a sus enemigos en otro lado y expresan su odio y su enojo de una forma más cauta, pero su retórica tiene la misma lógica. Como Trump, Le Pen y Farage creen que la culpa debe ser de los extranjeros (sean los musulmanes abusivos o los plomeros polacos) cuando su ingreso económico se estanca o cuando su identidad es amenazada por los nuevos inmigrantes. Además, como Trump, responsabilizan a la clase política, que va desde los burócratas en Bruselas hasta la prensa mendaz, por fracasar en cumplir sus enormes promesas. La gente en la capital, argumentan todos los populistas, están allí en busca de su propio beneficio o en complicidad con los enemigos de la nación. Además, dicen ellos, la clase política tiene una obseción equivocada con la diversidad, apoyan a los enemigos de la nación y ellos mismos son –de manera simplista – extranjeros, musulmanes o ambos.

Esta visión mundial genera dos deseos políticos y los populistas –suficientemente astutos– aceptan ambos. Primero, los populistas afirman que un lider honesto que comparta la actitud y perspectiva puras del pueblo

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

y que esté dispuesto a pelear por él necesita ganar el puesto más alto; y segundo, una vez que este lider honesto llegue al poder necesitará abolir los obstáculos institucionales que pudieran imperdirle llevar a cabo la voluntad popular.

Las democracias liberales están llenas de balances y contrapesos cuyos objetivos son prevenir que alguien acumule demasiado poder y reconciliar los intereses de los distintos grupos; sin embargo, en la imaginación de los populistas la voluntad popular no necesita ser mediada y cualqueir compromiso con la minoría, o las minorías, es una forma de corrupción. En este sentido, los populistas son profundamente democráticos, pues creen, más fervientemente que los políticos tradicionales, que el *demos* debería regir; sin embargo, también son profundamente iliberales, pues argumentan, a diferencia de los políticos tradicionales, que ni las instituciones independientes ni los derechos individuales deberían callar la voz del pueblo.

El temor de que los populistas debiliten las instituciones liberales, si llegan al poder, puede sonar alarmista, pero está sustentado en muchos precedentes. Después de todo, ya se han elegido a populistas iliberales en países como Polonia y Turquía. En cada uno de estos lugares, notablemente tomaron los mismos pasos para consolidar su poder: fueron paulatinamente incrementando las tensiones con los que consideran sus enemigos locales y foráneos; llenaron las cortes y las comisiones electorales con sus compinches; y tomaron control de los medios de difusión.

En Hungría, por ejemplo, la democracia liberal era un transplante más reciente y más frágil que en Alemania o en Suecia y, sin embargo, a los largo de los 90, los politólogos estaban muy confiados en sus posibilidades. De acuerdo con sus teorías, Hungría tenía todos los atributos que favorecen a las transiciones democráticas: había tenido gobiernos democráticos en el pasado; el legado totalitario era más moderado que en otros países de Europa oriental; las viejas élitas comunistas consintieron el nuevo régimen en términos negociados; y además el país tenía frontera con otras democracias estables. Hungría era, en términos de las ciencias sociales, un "caso con altas probabilidades"; si la democracia no se lograba ahí, entonces sería muy dificil que se lograra en los otros países postcomunistas.

La predicción parecía sostenerse bien a lo largo de los años 90: la economía húngara creció; el gobierno cambió pacíficamente de manos; su briosa sociedad civil presentaba medios de difusión críticos, ONGs fuertes y una de las mejores universidades de Europa central. La democracia húngara parecía estarse consolidando.

Luego, comenzaron los problemas. Muchos húngaros sentían que estaban obteniendo muy poco del crecimiento económico del país y, con la perspectiva (mas no la realidad) de una inmigración masiva, veían su identidad amenazada. Cuando un gran escándalo de corrupción envolvió al partido de centro-derecha en el poder, su descontento se convirtió en clara y total indignación con el gobierno y, en las elecciones parlamentarias de 2010, los votantes húngaros dieron al partido Fidesz de Víctor Orbán una victoria aplastante.

Ya en el poder, Orbán consolido su poder sistemáticamente: nombró a seguidores leales para dirigir las estaciones estatales de televisión, la comisión electoral y poder dominar la corte constitucional del país; cambió el sistema electoral del país en su beneficio, sacó a las corporaciones extranjeras para canalizar el dinero a sus compinches, implantó regulaciones restrictivas sobre ONGs e intentó cerrar la Universidad de Europa Central.

No hubo Rubicón o un solo paso que marcara claramente el momento a partir del cual las normas políticas anteriores fueron destruidas para siempre; cada una de las medidas tomadas por Orbán podía ser defendida de una u otra forma, pero puestas juntas su resultado se volvió poco a poco inequívoco: Hungría dejó de ser una democracia liberal.

Entonces, ¿qué es?

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Al pasar de los años, Orbán ha ido contestando esta pregunta con mayor claridad. Primero, se presentó como un honesto demócrata con valores conservadores; después, ha declarado fuerte y claro su oposición a la democracia liberal. La democracia, jura, debe ser jerárquica en vez de liberal. Bajo su liderazgo, Hungría se convertirá en un <nuevo estado iliberal basado en fundamentos nacionales>.

Ésta es una mejor descripción de la naturaleza de su proyecto del que la mayoría de los observadores extranjeros han sido capaces de atreverce a hacer; éstos tienden a denunciar a Orbán como alguien antidemocrático, sin embargo, aunque están en lo correcto al preocuparse porque sus reformas iliberales llegarán eventualmente a permitirle ignorar la voluntad popular, es un error creer que todas las democracias, por naturaleza, deben ser liberales o que deben replicar nuestras instituciones políticas actuales. La democracia jerárquica le permite a los líderes electos popularmente legalizar la voluntad popular de la manera en que ellos la interpretan, sin necesidad de tener en cuenta los derechos e intereses de las obstinadas minorías. Su afirmación de ser democráticos no es necesariamente deshonesta. En el sistema naciente, la voluntad popular reina suprema (al menos al principio); lo que la separa de la democracia liberal, a la cual estamos acostumbrados, no es la falta de democracia, sino su falta de respeto por las instituciones independientes y por los derechos individuales.

El ascenso de la democracia iliberal o democracia sin derechos es sólo un lado de la política en las primeras décadas del siglo XXI. Al mismo tiempo de que la gente se ha vuelto escéptica con respecto a las prácticas e instituciones liberales, las élites políticas han tratado de protegerse del enojo popular; el mundo es complicado, insisten, y han trabajado duro para encontrar las soluciones correctas. Si la insatisfacción y la impaciencia de la gente crece, a grado tal que ignoren el sabio consejo ofrecido por las élites, entonces necesitan ser educados, ignorados o forzados a la sumisión.

Esta actitud jamás ha sido tan clara como en las primeras horas del 13 de julio de 2015. La Gran recesión había cargado a Grecia con una enorme deuda; los economistas sabían que el país nunca sería capaz de pagar todo lo que debía y la mayoría de ellos coincidía en que una política de austeridad serviría sólo para dañar más la fallida economía. Sin embargo, si la Unión Europea le permitía a Grecia incumplir con sus pagos, los inversionistas se preocuparían de que países más grandes como España o Italia pudieran hacer lo mismo, por lo que los tecnócratas en Bruselas decidieron que, para que el sistema monetario del resto de la Unión Europea sobreviviera, Grecia tenía que sufrir.

Con muy pocas opciones disponibles, se sucedieron una serie de gobiernos griegos que obedecieron a Bruselas; sin embargo, con la economía contrayéndose más cada año y el desempleo juvenil aumentando rápidamente a más del 50%, los votantes desesperados pusieron finalmente su confianza en Alexis Tsipras, un joven lider populista que prometió el fin de la austeridad.

Cuando tomó el cargo, Tsipras se propuso renegociar la deuda del país con sus acreedores principales, representados por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional, pero pronto resultó que la llamada “troika” no deseaba ceder. Grecia tendría que seguir en penuria o declararse en bancarrota y dejar el euro. Para el verano del 2015, con un estricto paquete de ayuda financiera, Tsipras tenía únicamente dos opciones: ceder ante las demandas de los tecnócratas o dejar a Grecia en el caos ecnómico.

Con tal elección trascendental enfrente, Tsipras hizo lo que parecería natural en un sistema que asegura permitir al pueblo gobernar: llamó a un referendum. La reacción fue inmediata y poderosa; todos los líderes en Europa calificaron el referendum como irresponsable. La canciller alemán Ángela Merkel insistió en que la troika había hecho una oferta <extramadamente generosa> y los medios de comunicación vilipendiaron la decisión de Tsipras.

Grecia fue a las urnas en medio de una gran excitación el 5 de julio de 2015. Los resultados fueron un gran

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

rechazo a las élites tecnocráticas continentales; apesar de las ominosas advertencias sobre la inminente fatalidad, los votantes no estaban dispuestos a tragarse su orgullo y rechazaron el trato.
Envalentonado por la clara expresión de la voluntad popular, Tsipras regresó a la negociación y pareció asumir que la troika cedería en parte, pero, en lugar de eso, se hizo una nueva oferta que imponía mayores penurias.
Con Grecia al borde de la insolvencia, la élite política europea se reunió en Bruselas para unas negociaciones maratónicas; cuando Tsipras se presentó frente a las cámaras, temprano por la mañana del 13 de julio, con ojos rojos y rostro pálido, pronto se hizo obvio que la noche había terminado con su capitulación. Al cabo de una semana posterior ha haber permitido a su gente rechazar el impopular acuerdo, Tsipras firmó otro acuerdo que era, bajo cualquier medida razonable, peor. La tecnocracia venció.
La política de la eurozona es un ejemplo extremo de un sistema político en el que la gente siente como si tuvieran cada vez menos qué decir sobre lo que en realidad ocurre; pero ésto está lejos de ser una excepción. Inadvertidamente para la mayoría de los politólogos, una forma de liberalismo antidemocratico ha echado raíces en Norteamérica y en Europa occidental. En esta forma de gobierno las formalidades procedimentales se siguen cuidadosamente (la mayoría de las veces) y los derechos individuales son respetados (casi siempre), pero los votantes han llegado a la conclusión, desde hace mucho, de que tienen muy poca influencia en las políticas públicas.
No están del todo equivocados.

El ascenso de los populistas húngaros y la Grecia regida por los tecnócratas parecen polos opuestos. En el primer caso, la voluntad popular hizo a un lado a las instituciones independientes que estaban hechas para proteger el estado de derecho y los derechos de las minorías; en el segundo caso, la fuerza de los mercados y las creencias de los tecnócratas hicieron a un lado a la voluntad popular.
Sin embargo, Hungría y Grecia son los dos lados de la misma moneda. En todas las democracias alrededor del mundo, dos hechos aparentemente distintos están ocurriendo: por un lado, las preferencias de la gente son cada vez más iliberales, los votantes se están volviendo cada vez más impacientes con las instituciones independientes y cada vez están menos dispuestos a tolerar los derechos de las minorías étnicas o religiosas; por otro lado, las élites han tomado el control del sistema político y lo están volviendo cada vez más insensible y los poderosos están cada vez más renuentes a ceder ante la visión de la gente. Como resultado, el liberalismo y la democracia, los dos pilares de nuestro sistema político, están comenzando a entrar en conflicto entre sí.
Los académicos siempre han sabido que el liberalismo y la democracia pueden, a veces, ser observados separados el uno de la otra. En la Prusia del siglo XVIII, un monarca absoluto regía de una manera relativamente liberal, respetando los derechos de (algunos de) sus súbditos y permitiendo (un mínimo de) libertad de expresión. Por el contrario, en la antigua Atenas, la asamblea popular regía de una manera descaradamente iliberal, mandando al exilio a líderes impopulares, ejecutando a filósofos críticos y sometiendo todo –desde un discurso político hasta una pieza de música– a censura.
A pesar de esto y desde hace mucho, la mayoría de los politólogos han considerado al liberalismo y a la democracia como complementarios. Mientras éstos reconocen que los derechos individuales y la voluntad popular no siempre van juntos, se aferran a la idea de que ambos conceptos deberían ir juntos; donde el liberalismo y la democracia se juntan, afirma la histora, forman una amalgama especialmente estable, resiliente y coherente.
Sin embargo, como la visión y las opiniones de la gente están tendiendo cada vez más hacia el iliberalismo y las preferencias de las élites se están volviendo poco democráticas, el liberalismo y la democracia han comenzado a chocar entre sí. La democracia liberal –la combinación única de derechos individuales y

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

gobierno del pueblo que ha caracterizado durante mucho tiempo a la mayoría de los gobiernos de Norteamérica y de Europa occidental– se está desmoronando; en su lugar, estamos viendo el ascenso tanto de la *democracia iliberal* (democracia sin derechos) como del *liberalismo no democrático* (derechos sin democracia).

Había una vez un pollito feliz. Todos los días, el granjero iba a alimentarlo y cada día el pollito se ponía más regordete y más complaciente. Los otros animales trataban de alertarlo: <te van a matar> –le decían–, <el granjero solo te está engordando>. El pollito los ignoró; si el granjero había ido a alimentarlo durante toda su vida, pronunciando algunas palabras cálidas de aliento, ¿por qué todo habría de cambiar de repente? Sin embargo, un día todo cambió: <El hombre que todos los días alimentó al pollo> –escribe Bertrand Russell en su tradicional tono irónico–, <finalmente le quebró el pescuezo>. Mientras el pollo era pequeño y delgado, el granjero lo alimentó; una vez que engordó lo suficiente para venderlo, fue el momento de matarlo.

Russell quiso advertirnos de no hacer predicciones fáciles. Si no entendemos cómo ocurrieron las cosas en el pasado, nos recuerda la moraleja del confiado pollo, entonces no podemos presumir que las cosas seguirán ocurriendo de la misma manera en el futuro. Así como el pollo falló en preveer que su mundo algún día podía desmoronarse, también nosotros podríamos ser ciegos a los cambios que vienen.

Si queremos hacer una conjetura informada sobre el futuro de la democracia, debemos hacernos "la pregunta del pollo": ¿Singuen estando vigentes las condiciones que forjaron la estabilidad de la democracia?

La respuesta bien puede ser sí.

Hay, por lo menos, tres cosas que contrastan y que caracterizaron a la democracia desde su fundación, pero que ya no son más realidad. Primero, durante el periodo de estabilidad democrática, la mayoría de los ciudanos disfrutaron de un rápido mejoramiento de su nivel de vida; de 1935 a 1960, por ejemplo, el ingreso de una familia típica estadounidense se duplicó y se volvió a duplicar de 1960 a 1985; sin embargo, desde entonces el ingreso ha permanecido sin crecimiento. Ésto ha anunciado un cambio radical en la política estadounidense: a pesar de que a los ciudadanos jamás les cayeron bien los políticos, aquéllos seguían creyendo en que las autoridades electas cumplirían con su parte del trato y que, como resultado, sus vidas seguirían mejorando. Hoy, esa confianza y ese optimismo se han evaporado; al mismo tiempo en que los ciudadanos están cada vez más preocupados por el futuro, éstos han comenzado a considerar a la política como un "juego de suma cero" y en el que cualquier ganancia o beneficio para los inmigrantes o las minorías tiene un costo para ellos.

Ésto está exacerbando una segunda diferencia entre el pasado comparativamente estable y el presente cada vez más caótico. A lo largo de la historia de la estabilidad democrática, un grupo racial o étnico fue el predominante; tanto en Estados Unidos como en Canadá siempre ha habido una jerarquía racial clara, con los blancos disfrutando de muchísimos privilegios. En Europa occidental este predominio fue aún más lejos; fundados sobre una base monoétnica, países como Alemania y Suecia no reconocían a los inmigrantes como verdaderos miembros de la nación. Hasta cierto punto, que frecuentemente preferimos ignorar, quizás el funcionamiento de la democracia dependía de esta homogeneidad.

Décadas de inmigración masiva y activismo social han transformado radicalmente estas sociedades. En Norteamérica, las minorías raciales finalmente están reclamando su lugar en la mesa; en Europa occidental, los descendientes de inmigrantes comienzan a insistir que alguien de color o de tez morena puede ser alemán o sueco de verdad. Sin embargo, mientras que una parte de la población acepta (o incluso celebra) este cambio, otra parte se siente amenazada y está resentida. En consecuencia, una gran rebelión contra el pluriculturalismo y la diversidad étnica está tomando velocidad a lo largo de todo el hemisferio occidental.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Un último cambio ha conquistado el mundo en un periodo de algunas décadas. Hasta hace poco, la comunicación masiva seguía siendo una actividad exclusiva de las élites políticas y financieras; los costos asociados con la impresión de periódicos, la administración de una estación de radio o la operación de una cadena de televisión, eran prohibitivos para la mayoría de los ciudadanos. Ésto permitió a la clase política marginar las visiones extremas y la política permaneció siendo un asunto relativamente consensual. Por el contrario, durante el último cuarto de siglo, el ascenso del internet y en particular de las redes sociales ha desplazado rápidamente el balance del poder entre los políticos que están dentro y los políticos que están afuera. Hoy, cualquier ciudadano es capaz de compartir a gran velocidad información con otros millones de personas; los costos de la organización política se han desplomado y, al mismo tiempo en que la brecha tecnológica se ha cerrado entre el centro y la periferia, los instigadores de la inestabilidad han ido adquiriendo ventaja sobre las fuerzas del orden.

Es hasta hoy que hemos comenzado a comprender las causas de la crisis existencial de la democracia liberal, sin mencionar el cómo combatirlas; sin embargo, si tomamos en serio a los dirigentes populistas más importantes de nuestra época, deberíamos reconocer que necesitamos realizar ciertas acciones en por lo menos tres frentes.

Primero, necesitamos reformar la política económica, tanto nacional como internacional, con el fin de atemperar la desigualdad y cumplir con la promesa de elevar rápidamente los niveles de vida; una distribución del crecimiento económico más equitativa no sólo es un asunto de justicia distributiva sino una cuestión de estabilidad política. Algunos economistas han argumentado que no se pueden tener democracia, globalización y un Estado nación al mismo tiempo; además, algunos filósofos han suscrito la idea del abandono de los Estados nación y han pensado principalmente en soluciones internacionales a los problemas económicos que hoy encaramos. Sin embargo, éste es el enfoque equivocado; para preservar la democracia sin renunciar al potencial emancipatorio de la globalización, necesitamos averiguar la manera en la que el Estado nación pueda retomar el control de su destino.

Segundo, necesitamos replantearnos lo que pueden significar los conceptos de membrecía y pertenencia en los Estados nación actuales. La promesa de una democracia multiétnica, en la que todas las creencias y colores son reconocidos como verdaderos iguales, no es negociable; sin importar qué tan dificil sea para países con profundas concepciones monoétnicas de sí mismos el aceptar a las minorías y a los recién llegados, la mencionada transformación es la única alternativa realista a la tiranía y al conflicto ciudadano. Sin embargo, el noble experimento de la democracia multiétnica puede tener éxito únicamente si todos comienzan a enfatizar lo que los une en vez de lo que los divide. En los últimos años, una impaciencia legítima con respecto a la permanente realidad de la injusticia racial ha hecho que algunas personas califiquen a los principios de la democracia liberal como hipócritas o incluso que hagan de los derechos grupales el componente básico de la sociedad. Ésto es un error moral y estratégico: la única sociedad que puede tratar a todos sus miembros con respeto es una en la cual cada individuo disfruta de los derechos por ser ciudadano y no por pertenecer a un grupo en particular.

Finalmente, necesitamos aprender a soportar el impacto transformador del internet y de las redes sociales. Al tiempo en que el discurso de odio y las noticias falsas se diseminan, han habido llamamientos para que las compañías de redes sociales y los gobiernos actúen como censores; hay muchas medidas que por sentido común Facebook y Twitter pueden tomar para hacerle más difícil a los grupos de odio el explotar estas plataformas. Sin embargo, si los gobiernos o los CEOs comenzaran a determinar quién puede decir qué en la red, rápidamente se echaría a la libertad de expresión por la ventana. Para salvaguardar la democracia en la era digital, necesitamos consecuentemente delinear no solo qué mensajes son difundidos en las redes sociales sino también cómo es que probablemente sean recibidos. Antes, cuando considerábamos a la

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

democracia un experimento preciado y frágil, invertimos vastos recursos intelectuales y educativos para difundir las buenas noticias sobre nuestro sistema político; escritores y académicos reconocían que tenían un rol muy importante explicando y defendiendo las virtudes de la democracia liberal. Después de muchos años, este sentido de misión se ha disipado y, hoy que la democracia liberal está en peligro existencial, debemos revivirlo.

Hay tiempos ordinarios en los que las decisiones políticas influyen, mucho o poco, en la vida de millones de personas, pero en los que los rasgos básicos de la vida colectiva de una nación no están en juego; apesar de sus profundos desacuerdos, los partidarios de ambos bandos de la batalla política aprueban y respetan las reglas del juego, acuerdan resolver sus diferencias a través de elecciones libres y justas, se comprometen con las normas básicas y elementales del sistema político y aceptan que su derrota en las urnas legitima al oponente político a regir el país. Como resultado de ésto, los que viven en estos tiempos ordinarios reconocen que cada victoria es temporal y que el derrotado de una "batalla" política puede incluso vivir para ganar la "guerra" y además, ya que tienen la capacidad de transformar el "progreso hoy derrotado" en la "justicia del mañana", ven en cada derrota una razón más para redoblar sus esfuerzos en la persuasión pacífica.

Luego, hay tiempos extraordinarios, cuando las formas y los límites de la sociedad y de la política son renegociados. En tales casos, los desacuerdos entre los partidarios de ambos lados se vulven tan profundos y violentos que deja de haber acuerdo en las reglas del juego; con tal de sacar ventaja, los políticos empiezan a querer socavar las elecciones libres y justas, a romper abiertamente las normas básicas del sistema político y a vilipendiar a sus adversarios.

Como resultado, los que viven en estos tiempos comienzan a considerar los riesgos políticos como existenciales. En un sistema en el que las reglas son impugnadas o rebatidas a profundidad, las personas tienen buenas razones para temer que una simple victoria en las votaciones se vuelva permanente, que una derrota en una batalla política pueda despojarlos de la capacidad de pelear la guerra política y que el progreso, hoy derrotado, termine poniendo al país en un camino hacia una incesante injusticia.

La mayoría de nosotros ha pasado nuestras vidas en tiempos ordinarios.

A finales de los 90, cuando llegaba a mi mayoría de edad en Alemania, por ejemplo, los políticos debatían asuntos importantes: ¿recibir las prestaciones sociales debería estar condicionado a la buena conducta?, ¿se debería permitir a los hijos de inmigrantes adoptar la ciudadanía alemana sin renunciar a sus otros pasaportes? o ¿el Estado debería reconocer la unión entre personas del mismo sexo como una forma de estado civil?

Las respuestas a estas preguntas, estaba convencido, moldearían al país en los siguietes años; el futuro estaba abierto. Había dos visiones: por un lado, la de un país abierto, generoso y acogedor y, por el otro, la de un país cerrado, mezquino y estancado. Como miembro de las juventudes de un gran partido político, pasé mucho tiempo luchando por lo que creía era correcto; en ese momento sabía muy poco sobre los Estados Unidos, así que no entendía cómo es que temas más amplios se estubieran discutiendo allí: ¿obtendrían acceso a un sistema médico decente millones de ciudadanos sin seguro social?, ¿podría cualquier soldado se expulsado del ejército debido a su apertura sexual? o ¿deberían abolirse partes clave del Estado de bienestar?

Las respuestas a estas preguntas también moldearían profundamente a ese país; éstas harían la vida de millones de personas mejor o peor, más auténtica o más disimulada, más próspera o más precaria. El camino que adoptaba el país importaba profundamente; así, con el beneficio que da la perspectiva del tiempo, supe que éstos eran los temas de la política.

Hoy es diferente. Cada vez es más claro que vivimos en tiempos extraordinarios, en tiempos en los que la

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

decisión que tomemos determinará si se propaga el temible caos, si se desata la indescriptible crueldad o si la democracia liberal –el sistema político que ha hecho más que ningún otro sistema en la historia de la humanidad por propagar la prosperidad y la paz– puede sobrevivir.

El predicamento en el que nos encontramos hoy es tan reciente y tan aterrador que nadie, hasta ahora, ha logrado darle sentido; piezas sueltas del rompecabezas son analizadas a diario en los periódicos, en la televisión y a veces incluso en la academia. Sin embargo, entre más nos obsecionamos con estas piezas individuales, menos vemos el cuadro completo.

En este libro, trato de darle sentido a nuestro escenario político, haciendo cuatro contribuciones distintivas: demuestro que la democracia liberal se está escindiendo, dando lugar a la democracia iliberal, por un lado, y al liberalismo no democrático, por el otro; sostengo que el profundo desencanto con nuestro sistema político representa un peligro existencial a la democracia liberal; explico los orígenes de esta crisis; y muestro lo que podemos hacer para rescatar lo que verdaderamente es valioso de nuestro orden social y político en peligro.

Tenemos la fortuna de vivir en la era más próspera y pacífica de la historia de la humanidad. Aunque los eventos de los últimos años parezcan confusos o, incluso, que nos paralizan, conservamos el poder de obtener un mejor futuro; sin embargo, a diferencia de hace quince o treinta años, ya no lo podemos dar por sentado.

En este momento, los enemigos de la democracia liberal parecen más determinados a cambiar el mundo que los defensores de ésta. Si queremos conservar tanto la paz y la prosperidad como el gobierno del pueblo y los derechos individuales, necesitamos reconocer que éstos no son tiempos ordinarios y que necesitamos hacer hasta lo imposible para defender nuestros valores.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)